

que en los tiempos presentes se da el nombre de artista hasta á los histriones mas viles —dejar descubierta aquella zona de su cuerpo, que correspondia al sitio donde hacia el diestro movimiento. La multitud entusiasmada daba grandes muestras de regocijo en presencia de aquel baile, y un murmullo general de aprobacion salia de todas partes.

El baile terminó con la aparicion de un tercer artista con cara de perro, que entró ladrando en escena y ahuyentó á los bailarines, con gran dolor de los circunstantes.—

Las cuatro de la mañana eran cuando regresé al hotel, adonde llegué demasiado tarde para meterme en el lecho y recibir las adormideras del blando sueño, que vino á cerrar in continenti mis párpados.

## CAPITULO IX

### EL ÁRBOL DE LA VÍRGEN

Y LAS TUMBAS DE LOS CALIFAS.

Enero 24 de 1873.

No extrañarán mis lectores que despues de dia tan turbulento como aquel cuyas aventuras he relatado en el capítulo anterior, me haya dado tres de descanso, durante los cuales no me ocupara de mas que de pasarme la buena vida huyendo de cuanto de algun modo pudiera molestarme. Pero al fin la buena vida tambien fastidia, y aun tal vez es mas fastidiosa que la que está plagada de peripecias, y es la que se entiende por mala. Por esto me sucedió que el 24 de Enero me determinara á proseguir mis excursiones, aunque con un tanto mas de comodidad que los dias pasados. Por fortuna encontré una elegante carretela que me fué alquilada á un precio respectivamente bajo, pues en aquel entonces, como lo tengo dicho, el alquiler de los coches estaba por las nubes, á consecuencia de las bodas de Tewfik, el príncipe heredero.—

Invité al capitán Felletti para que me acompañara en esta ocasion, y él aceptó gustoso, explicándome que así lo hacia porque habia que pasear en coche y no en pollino. El capitán era muy gordo y le mo-

le estaba mucho el trote de los asnos. Béraud, el hostelero, nos hizo preparar un abundante y succulento almuerzo, y así fué como, llevando al lado el cesto de provisiones, nos determinamos á emprender la marcha á las nueve de la mañana.

Atravesamos el Cairo de un extremo al otro, pasando por las calles estrechas del barrio árabe. Salimos luego á una fértil llanura, y junto á la puerta de la ciudad vimos la tumba de Mack-Adel, reinante en tiempo de las cruzadas.

Desde luego me llamó la atención que por el camino que cruzábamos caminara al mismo tiempo multitud de elegantes carrozas y cupés, de lo más selecto del Cairo. Y es que la misma senda conduce al árbol de la Virgen y al palacio Kuba, habitación del príncipe heredero. Ahora bien, los desposorios del príncipe acababan de ser celebrados, y lo más granado de la nobleza del Cairo se precipitaba para ir á felicitar á la real pareja.

A poco llegamos á la vista del palacio Kuba, que es una especie de quinta, rodeada de huertos y jardines. Multitud de carruajes habia fuera de la verja de hierro, y destacamentos de elegantísimos soldados de caballería estaban apostados en los ángulos del palacio.—

Antes de una hora llegamos á nuestro destino. Descendimos del carruaje frente á una casa árabe, y nos dirigimos á pié hácia el lugar donde se encuentra el árbol, que estaba ya poco distante.

Me hallo en presencia del árbol á cuyo abrigo, según la tradición lo cuenta, se refugió la Santa Familia, cuando huyendo de la tiranía de Herodes, vino á buscar refugio á esta tierra. Es un sicomoro de medianas dimensiones, que á pesar de su vejez visible, se conserva robusto, y ostenta sus ramas cubiertas de verdes hojas. Su tronco está lleno de inscripciones en diversas lenguas, y en parte injuriado por la nécia piedad de los viajeros, que tratando de llevarse de él una reliquia, lo han mutilado impiamente.

El terreno donde se levanta el sicomoro, tiene el nombre de Ma-

tariéh, y es propiedad de un turco. Está muy bien cultivado y todo plantado de árboles, que forman calles y largas avenidas. El propietario no hacia aprecio ninguno del sicomoro, que estaba ya próximo á perecer despedazado por los cristianos y dado al olvido por los infieles. Por fortuna llegó el tiempo en que se comenzaron los trabajos del canal de Suez, y entonces afluó la concurrencia de extranjeros á visitar este árbol abandonado y oscuro. Los mahometanos son supersticiosos. Al ver cuánto era venerado por los cristianos el sicomoro en cuestión, el turco propietario acabó por creerlo digno de veneración, y lo hizo cuidar por guardianes día y noche, y rodear por un barandal de madera, á fin de evitar la destrucción que en él hacían las almas devotas. Merced á estos cuidados, ha recobrado su vitalidad el árbol sagrado, y parece dispuesto á desafiar los siglos.

El espíritu de polémica del siglo, pone en duda que tal árbol sea el mismo de que habla la tradición, y aun que la misma tradición sea cierta. La verdad es que no pueden darse razones ni pruebas decisivas en pro ni en contra de su autenticidad; pero para mí, así como para otras almas que aborrecen el descreimiento, este sicomoro es realmente el «árbol de la Virgen.» Mr. Levernay, sabio naturalista francés residente en el Cairo, ha dicho lo siguiente acerca de él, en la guía anual del Egipto, que publicó á principios de este año. «Si este sicomoro no es el mismo árbol que se supone haber abrigado á la Santa Familia, podría muy bien ser un retoño suyo, porque sale de un tronco viejo al cual está adherido.» Y en otra parte: «El sicomoro, llamado vulgarmente higuera de Faraon ó de Adan, es muy comun en Egipto; adquiere enormes proporciones; hay algunos cuyo tronco mide más de 10 metros de circunferencia. Este árbol vive miles de años, y aun puede ser considerado como inmortal, puesto que cuando muere el tronco viejo, sale de sus raíces un árbol nuevo. El de Matarieh, que se supone haber abrigado á la Santa Familia en su huida á Egipto, es de la misma familia, y puede bien ser, si no el primitivo del tiempo de Jesucristo, á lo menos un retoño suyo.

La madera de este árbol es muy dura, y sirve para las construcciones y las cureñas de los cañones. De esta madera usaban los antiguos egipcios para hacer los sarcófagos que han sido encontrados intactos despues de miles de años.»

Y aunque no haya indispensable tránsito de la posibilidad al hecho, lo hago yo de buena gana, con solo saber que esta creencia, en opinion de los sabios, no es absurda. Y si tan lejos es fácil que anden de la verdad así el creyente como el incrédulo, prefiero creer, por ser cosa mas conforme con mi naturaleza.—

El capitán italiano,—espíritu fuerte de aquellos que meten el escarpelo de la filosofía en lo mas pequeño, y viven en perpetuo sobresalto sobre no dejarse comulgar con ruedas de molino, por ser cosa enorme,—el capitán, digo, entabló conmigo reñida disputa en presencia del sicomoro y á causa de él, tratando de demostrarme que aquel árbol era el de la Santa Familia, tanto como podría serlo el grueso baston que traía en la mano, y que mimicamente me mostraba.

Durante el trascurso de una hora, entretívome Felletti con largo y caloroso discurso, en que me habló de cuanto es posible hablar en materia de religion. Y todo lo echó por tierra con el ariete de su inexorable lengua, y dejó reinando á Dios solo en medio de un universo de escombros.

Pero no hizo mas que repetir lugares comunes. Vaya un ejemplo. Hablando contra la infalibilidad del Papa, me dijo:

—¿Cómo quiere vd. que sea infalible un hombre que puede comer pato creyendo tomar pollo?

Otro ejemplo. Combatiendo el dogma de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, exclamaba:

—¿Cómo se han de creer esos absurdos, cuando del mismo Evangelio consta que María fué casada y tuvo un hijo?

Último ejemplo. Daba su voto sobre Jesucristo en estos términos:

—Jesucristo fué un grande hombre, ilustre, sublime,—un génio; pero atribuirle la divinidad es quitarle la grandeza. Porque, hombre,

todas sus obras son gigantescas y extraordinarias; pero, Dios, no hizo mas que obrar conforme á su divinidad. Jesucristo era un hombre de génio, y de instruccion tan superior á su tiempo, que no hubo otro alguno que supiera lo que él supo. Lucíase, sobre todo, en hacer empleo del magnetismo, mediante el que restituía la vista á los ciegos, la palabra á los mudos y la vida á los muertos. Todo cuanto fué, lo debió á los Essenios que fueron sus maestros en la moral y en la ciencia de la naturaleza, porque Jesucristo fué mason.—

Por consiguiente, como lo están viendo mis lectores, el capitán Felletti gritaba contra la infalibilidad del papa sin saber en lo que consistía, confundía la concepcion con la virginidad de María, y, sin comprender lo que es verdaderamente grande, defendía que Jesucristo no era Dios, porque le parecia mas grande sin serlo. Últimamente la especie enteramente gratuita y blasfema que salió de sus labios acerca de la masonería de Jesus, me dió mucho que pensar sobre el estado del cerebro del buen viejo. Mirélo y volví á mirarlo, buscándole cara de loco, y mucho me sorprendió convencerme de que á pesar de todo, estaba en su cabal sentido.

Desde que comenzó á perorarme el capitán, me previne para escuchar un cúmulo de necedades en forma de insensatas blasfemias; pero nunca pensé que fuera á dar tan adelante en su insensatez. Y mucho me consolé al pensar que libres pensadores al tenor de este, no son de riesgo en el mundo, porque su error y su ignorancia á tal grado llegan, que ellos mismos rompen sus discursos, materialmente los estrellan, contra los monstruosísimos disparates que como locos profieren.

Convencíme, pues, de que el capitán italiano era uno de tantos quijotes de la impiedad, que hablan sobre lo que no entienden, y cierran contra un rebaño de mansas ovejas, creyendo combatir desalmados gigantes; incrédulos vulgares, que son bufones serios del mundo, y hacen á la humanidad reir de buena gana á su propia costa.—

Terminado el certámen, Fortunato nos invitó para que fuéramos

á mirar el terreno donde existió Heliópolis; y desde luego nos pusimos en marcha, sirviéndonos de guía el elevado pico de un obelisco gigantesco. Hicimos á pié la travesía, pues el lugar adonde nos dirigiamos, no estaba lejano. En el camino se reanudó todavía la discusión; y el capitán, acalorado ya, se cebó en los sacerdotes, diciendo que todos eran ladrones, borrachos y asesinos; y en las monjas, á quienes trató de mujeres públicas, y en la Iglesia, que definió una grande asociación de comercio. De esta manera me tocó oír, aunque con disgusto y por la millonésima vez en mi vida, esta charla ya gastada, que solamente usan ahora los espíritus mas vulgares que quieren dársela de espíritus fuertes: charla necia que no merece los honores de la discusión; descrédito del que la emplea y silba del mundo!

Esta conversacion, que tenia toda la forma de la arenga de un tribuno á las masas, se extendió hasta que llegamos al frente del obelisco. Allí el capitán tuvo que callar muy á pesar suyo, porque yo no contesté palabra, y me dediqué á girar en torno del enorme monolito. Dos de las caras del obelisco conservan todavía geroglíficos; las otras dos están perfectamente lisas, pues la lluvia, el viento y el choque de las arenas del desierto, han borrado de ellas hasta el menor rastro de las inscripciones antiguas.

Este obelisco es el único resto que existe de Heliópolis, y segun se dice, el mas viejo de Egipto. Es de granito rojo, y tiene 20 metros de altura. Ni una ruina, ni una piedra existen de la ciudad del sol. En derredor de la aguja se extiende el campo, y el arado indiferente hiende aquella tierra sobre la que se levantaron los edificios inmensos, y aquellos colegios célebres, que contaron mas de seiscientos mil estudiantes, y donde estudiaron Platon y Eudoxio! Estos son los juegos de los siglos: las ciudades fastuosas se truecan en campos de siembra, y los campos de siembra en ciudades fastuosas!

En Heliópolis tuvo lugar la escena que refieren los libros santos, ocurrida entre José y la mujer de Putifar. Putifar quiere decir con-

sagrado al sol, y se deriva de la palabra «petriphah;» porque Putifar era sacerdote del sol. A las puertas de la ciudad existió el único templo judío de que se tenga noticia haya sido erigido en el extranjero. Fué construido por el pontífice Onias, en el reinado de Tolomeo Filometor. Vespasiano lo mandó destruir. La colina donde se levantó, lleva hasta el dia el nombre de «Colina de los judíos.»

Heliópolis, esto es, la ciudad del sol, fué llamada así porque habia en ella un templo soberbio dedicado al astro del dia. En este templo pasaba, segun los antiguos, la maravillosa fábula del ave fénix. Este pájaro era el único de su especie; nacia en la Arabia, y vivia cuatro ó cinco siglos. Corpulento como el águila, su cabeza estaba cubierta de brillantes plumas; las de su cuello eran doradas, y las demas color de púrpura; la cola blanca y escarlata, y los ojos refulgentes como estrellas. Cuando se sentia cercano á la muerte, despues de tan larga vida, se formaba un nido de madera y gomas aromáticas, donde moria. De sus cenizas nacia un gusano, que se convertia en otro fénix. El primer cuidado de este nuevo sér, era el de hacer á su padre los honores fúnebres; para esto formaba un huevo de perfumes de mirra, del tamaño y del peso que podia soportar, metia allí los restos de su padre, tapaba la entrada del huevo con una pasta de mirra y otros perfumes, y despues, tendiendo su vuelo hasta Heliópolis, llegaba al templo del sol con su preciosa carga, y la hacia arder en el fuego del altar.

Parece increíble que haya habido gente seria que haya creido esta fábula. Sin embargo, fué tenida por indudable en la antigüedad, aunque nadie pudo ver nunca el ave prodigiosa.

Tal fábula ha dado origen á la costumbre de llamar con el nombre de fénix todo lo que es singular y raro. Por lo que Juvenal llamaba á la mujer perfecta «rara avis in terris;» expresion que Séneca aplicó tambien al hombre honrado.

No habiendo existido nunca el fénix, es claro que no ha cantado nunca; sin embargo, es expresion corriente decir de un orador ó de

BIBLIOTECA DE DON ALFONSO XIII  
CAPILLA ALFONSO XIII